

zar, si no con su agudeza, con ménos lascivia; que aunque ésta es propia de los epigramatarios, no se nos concede tanto á los que profesamos musas cristianas. Vmd. se digne de ver este cuadernillo; que si agradáre, imprimirémos otro, y tercero y cuarto; y si mal lograrse su pretension, *Qui primus est, ultimum putato*. Vale.

(Sigue una coleccion de sesenta y cuatro epigramas latinos, que suprimimos por su escaso interes y mucha extension.)

DÉCADA III.

EPÍSTOLA PRIMERA.

Á doña Antonia Valero de Esclava.

Con una instruccion para las doncellas que han de ser casadas.

Mándame vmd., señora doña Antonia, como tan deseosa de sacar su hija espejo de mujeres, en quien se vean las partes y costumbres, cuales se requieren en la doncella que ha de ser casada, que tome á mi cargo esta empresa. Muchas causas tengo de rehusarla: la primera, ser mi señora doña Antonia Caja de Miopa hija de vmd. y del señor licenciado Antonio de Miopa, que con esto es fuerza presuman su bondad y virtud los que no la conocen, y la prediquen y alaben los que tienen noticia de sus costumbres. La segunda, que cuando hubiera necesidad de documentos, el señor licenciado, como padre y como tan docto, debiera hacer esto, y lo hiciera por excelencia; las demás causas dejo, porque al fin he de obedecer mandándomelo vmd., y porque quedará yo muy glorioso de haber hecho este servicio al señor licenciado, con quien yo me honro tanto; pero será esto no poniendo los ojos en mi señora doña Antonia Caja, que su merced es ejemplo de doncellas, sino tomando este asunto en general, y enseñando á la doncella que ha de ser casada cómo se ha de prevenir para este estado y gobernar en él.

El primero y más principal documento es que sea buena cristiana, y ésta es la basa fundamental, así de éste como de todos los demás estados. Si la doncella es más hermosa que el sol, y trae en dote el Potosí, y si es más dulce y agradable que las sirenas, no lleva nada si no lleva buen alma. Ejercitese en actos de caridad, sea muy devota, sea muy aficionada á los pobres; que tiene Dios en ellos puestos los ojos, y recibe á su cuenta lo que á ellos se les da; hágase á los ayunos que manda la Iglesia; ame las prácticas y sermones y aprovéchese de ellos; tenga sus horas diputadas para rezar, y no sea escrupulosa ni libre, que el medio en muchas cosas es aprobado; frecuente la confesion, frecuente las devociones, y todo esto bajo la obediencia de sus padres; que á pesar de ellos, la doncella, aun á cosas de virtud, no ha de salir de los umbrales de su casa, ni pasarle por el pensamiento. De esta manera *concupiscet rex decorem ejus*; de esta manera cobrará opinion su virtud. Y aunque dijo el satírico: *Probitas laudatur et alget*, lo cierto es que Dios nunca falta á los suyos, y que los pone en las alas de la

fama, para que todos tengan noticia de las virtuosas y santas doncellas, y de todos sean, como margaritas preciosas, apetecidas y buscadas. Con elegancia lo dijo el insigne poeta Pontano en aquellos versos del Pegaso:

*Nec vero monumenta hominum intestata reliquit
Juppiter, ac caelo illustrans vestigia famæ,
Virtutisque aperire viam ad nova nomina jussit.
Pegasus hinc caelo micat; etc.*

No dejó el gran tonante sepultadas
Las insignes hazañas de los hombres,
Antes mandó que en el celeste globo
Luciesen las pisadas de la fama,
Y abrir de la virtud mandó el camino
Para mayor renombre y gloria suya:
Por eso luce el Pegaso en el cielo.

Esté, demas de esto, bien ocupada la doncella. ¡Oh qué buen documento! Miétras está ocupada la mujer, doncella ó casada, no se acuerda de los gustos y deleites humanos; que estos llevan los pensamientos tras sí y los anegan en las turbias aguas de la torpeza. ¡Que bien decia Architas Tarentino que en el reino del deleite no podía estar ni vivir la virtud! Antes, si la doncella se divierte á pretensiones de casada, el ejercicio corporal que lleva entre manos la hace olvidar y la enajena de aquella imaginacion, que si bien no es torpe, pues va dirigida al matrimonio, ése cuidado no ha de ser suyo, sino de sus padres, y principalmente de Dios, *cui omnia vivunt*. La aguja y la rueca son las armas de la mujer, y tan fuertes, que armada con ellas resistirá al enemigo más orgulloso de quien fuere tentada. La labor, la ocupacion apaga los ardores de la concupiscencia. Bien lo advierte Terencio en el *Andria*:

*Primum hæc publice vitam parce ac duriter
Agebat, lana ac tela victum queritans.
Sed postquam accessit pretium pollicens
Unus et item altar (ita ut ingenium est omnium
Hominum ab labore proclive ad luiditnem)
Accepti conditionem.*

«Al principio esta mujer vivía una vida templada y con clausura, sustentándose de la lana y de la tela, de hilar y tejer; mas así como abrió la puerta á mancebos enamorados, que le prometían y daban (como, en efecto, el ingenio humano se deja llevar fácilmente del trabajo al ocio y deleite), rindióse al vicio.» La doncella honesta siga y espere la voluntad del padre; que cuando no llegue á ser casada, más perfecto es el estado de la virgen; y si lo fuere, dé primero á entender que sale de casa de sus padres violentada, y acuérdesse del uso de los Romanos en el matrimonio, que cuando llegaba la desposada á casa del marido, rehusaba el salir hasta que la arrebataban, y por fuerza la entraban en el coche sin tocar sus piés en los umbrales. Y de este uso da Plutarco dos causas: la una, porque van de mala gana donde han de perder la flor virginal; la otra, porque dan á entender que no hubieran salido de sus casas, ni dejado á sus padres si no fueran forzadas. *An eo invite ingredi videri volunt, ubi pudicitiam sunt amissura? an quod potius signum est, ip-*

halle el uno sin el otro, y que estén contentos en casa, fuera de ella, en la ciudad, en la granja, en España, en la India y en el postrero rincon del mundo. Eso mismo, por otro lenguaje, dijo Marcial á su amigo Manio, lib. x, epigrama xx:

*Ducit ad auríferas quod me Salo Celtiber oras,
Pendula quod patriæ vi ere tecta libet,
Tu mihi simplicibus, Mani, dilectus ab annis,
Et preteztata cultus amicitia,
Tu facis in terris, quo non est alter Iberis
Dulcior, et vero dignus amore magis.
Tecum ego vel sicuti Getu a mapalia Pœni,
Et poteram Scithicas ho pes amare casas,
Si tibi mens eadem, si nostri mutua cura est,
In quocumque loco Roma duobus erit.*

El casamiento es, ó cielo, ó infierno. Si el marido y la mujer se conforman, es cielo; y si viven discordes, infierno. Manden á la memoria los casados estas décimas, que hizo un buen marido á su mujer, contentos en el estado:

Ya, mi Julia, vengo á ser,
Con el título de esposo,
El hombre más venturoso
Que ha nacido de mujer.
Debo al cielo agradecer,
Que me da gloria en la tierra,
Y paz sin temor de guerra;
Porque guerra entre casados
Es vida de condenados,
Si vida el infierno encierra.
Pirro, que glorioso almeto
Ostenta, y viste loriga,
Armas, furia, Marte siga,
A mi dulce paz compete.
Esa tu rostro promete,
Siendo de ti prometida,
Espero verla cumplida;
Y con tal salvo conduto
Podré pasar á pié enjuto
El mar Rojo de esta vida.
Naciendo Cristo enarbola
Bandera de paz al punto,
Y cercano á ser difunto,
Dió la paz y encomendóla.
Y Júdas, con ella sola,
Contra su Dios se abalanza,
Y efectuó su esperanza;
Que al beso de paz, con ser
Falso, se dejó prender.
¡Oh lo que la paz alcanza!
De la guerra y rebelion
Nunca se espera salud,
De la paz gloria, quietud,
Amor y conformacion.
Por esta perfecta union
Dios y el amor nuestro á una
Cada cual nos importuna,
El amor nuestro importuno
A hacer de dos cuerpos uno,
Y Dios de dos almas una.
Adonde hay concordia, allí
Todo cuadra y viene al justo,
Todo es un color, un gusto,
Un querer, un no y un sí;
Lo que quiero para mí,
Eso quiero para vos:
Ésta es vida, aquí está Dios;
Lo demas es acabar,
Porque no puede durar
Reino diviso entre dos.
¿Qué nos dicen, Julia hermosa,
Cuando nos juntan las manos?

cada día sentimos nuevos aprovechamientos en las letras los que estudiamos: no tiene duda, y si no consultemos el gran Lucrecio, lib. IV:

*Denique nil sciri si quis putat, id quoque nescit,
An sciri possit cum se nil scire fatetur.*

Diráme aquí, así vmd. como todos los deseos de saber, que aunque se arrisque la vida, es bien estudiar hasta merecer laureadas estatuas: *Quorum imagines lambunt hedera sequaces*, como dijimos arriba. No condeno el deseo de la gloria y de la inmortalidad; mas yo creo que sin aquella pretension nos basta la virtud que de la sabiduría granjeamos. Lo contrario reprende el buen satírico Juvenal:

*Stemmata quid faciunt, quid prodest, Pontice, longo
Sanguine censer, pictosque ostendere vultus
Majorum, et stantes in curribus Emilianos,
Et Curios jam dimidios, nasumque minorem
Corvini, et Galbam auriculis nasoque carentem?
Quis fructus generis tabula jactare capaci
Fumosos equitum cum dictatore magistros,
Si coram Lepidis male vivitur?*

Viva uno honesta y virtuosamente; que sin imágenes y estatuas, la virtud que alcanzó por medio de la sabiduría, le dará nombre inmortal sin afectarlo. Como yo pinto al verdadero filósofo, sé por fama y buena fe que vmd. ha pasado toda su vida, y pasa, honrado de todos y amado de todos: *Rex eris, ajunt, si recte facies: Hic murus aheneus esto. Oh fortunati, bona si sua norint, Agricola.* Bien lo dijo Maron; pero yo con más acierto diré: Dichoso Cascales si conociere los bienes, las riquezas Attálicas, los tesoros de Arabia que ha hallado en su nuevo y singular amigo Francisco de Cuenca. Dice Plutarco de Platon, que llegado al artículo de la muerte, dijo: *Gratias immortales ago Genio et naturæ, quod homo, et non bestia natus sum, quod Græcus, et non barbarus, et quod in Socratis tempora incidere.* Yo también doy gracias á Dios porque nací hombre, y no bestia; porque soy cristiano, y no pagano, y porque tengo por amigo al español Sócrates, Francisco de Cuenca. No quiero hacer parergo alguno de la amistad; que á lo que vmd. ha dicho de ella tan aguda y compuestamente no hay *plus ultra*; sólo traeré las palabras que Sexto Aurelio Victor dijo de Augusto:

*In amicos fidus exstitit; quorum præcipui erant ob
taciturnitatem Mæneas, ob patientiam laboris modestiamque Agrippa: diligebat præterea Virgilium.
Rursus quidem ad accipiendas amicitias attentissimus, ad retinendas constantissimus. Liberalibus studiis, præsertim eloquentia, in tantum incumbens, ut nullus ne in procinctu quidem laboretur dies, quin legeret, scriberet, declamaret.* Buen Augusto, y qué bien apuntaste y diste en los dos blancos de nuestra amistad y nuestra profesion; gallardo anduviste, doite las gracias por ello. No hablo más de la amistad; bástame celebrar con silencio y con admiracion muda lo que vmd. ha dicho tan divinamente; no quiero pagar tan de contado, que me alegro de serle deudor; fuera de que, aunque quiera, no podré satisfacer. Antes diré, con Ariosto:

*Chi mi darà la voce e le parole
Convenienti a si nobil soggetto?
Chi tale al verso presterà che vole
Tanto che arrivi al alto mio concetto?
Molto maggior di quel furor che sole,
Bien hor convien che mi riscaldi il petto; etc.*

Crea vmd. de mí que sin lisonja y cándidamente alabo y estimo á los hombres, así doctos como buenos, pero mucho más á los buenos y juntamente doctos. Y los tales no han menester pregonero. *Ardens erexit ad æthera virtus.* De Flándes y Francia vine admirado de ver aquellos humanistas insignes, tan cándidos, tan buenos, tan humanos. De otra color y condicion me parecen los españoles doctos, tan enamorados de sí mismos, que *solum se suaque mirantur*; y es menester fuerza de encanto para desnarcisarlos. ¡Oh qué buen ejemplar tenemos en Pedareto! Tenía Esparta, para gobierno de su república, trescientos eforos ó senadores: pretendió Pedareto entrar en aquel senado juntamente con otros que pretendian lo mismo, y no fué admitido; repulso se iba alegre y riendo. Llamáronle los eforos, y preguntáronle por qué se reía: *Gratulor, inquit, huic reipub., quæ trecentos habeat cives me meliores: «Doy mil parabienes, respondió, á mi república, que tiene trescientos ciudadanos mejores que yo.»* No debo nada en candor á Pedareto; que sin duda ninguna holgára que España estuviera abundantísima de hombres doctos. Y en mi profesion cedo de buena gana á cualquiera que lo sea, prefiriendo á mi honra la de nuestra nacion. Últimamente, para que vmd. entienda cuán de véras entro en la amistad, que desde hoy la doy por firme, por antigua, por más segura que aquella de los Soldurios de Julio César, suplico á vmd. se haga cargo de esos doce cuerpos de libros de mi *Historia murciana*, y treinta de las *Tablas poéticas*, para que se entreguen al librero de esa ciudad que á vmd. le pareciere á propósito. Y desta merced prometo el retorno, pues espero verán presto luz sus trabajos de vmd., para cuya mano está guardada la sonora citara del gran Mantuano; que lo mismo siento yo de vmd. que el culto Tasso de su amigo:

*Di verde allor la cui frondosa testa
Have o scherno egualmente e caldo e gelo,
In cui non può, quando più freme il cielo
Strale di Giove, o di Giunon tempesta,
Pende di avorio, e di fin or' contesta
Cetra onde suona ancor Parnaso e Delo,
Onde il nome di Laura oscuro velo
Non teme, o nube al suo splendor molesta.
Quivi Aminta l'appose, e nessun poi
Trasse armonia da le sonore corde,
Mano audace movendo a tanta impresa.
A te stala e gran tempo ivi sospesa,
A te Phebo la serva, e tu suol poi
Rinder il canto al dolce suon concorde.*

Guarde nuestro Señor á vmd. largos años. De Murcia, etc.

EPISTOLA III.

Al Licenciado Juan de Aguilár, maestro de humanidad en la ciudad de Antequera.

En alabanza de la Gramática.

Cosa ridicula parecerá á los ojos y juicio de los doctos el atrevimiento mio de predicar, ya en voz alta, ya con animada pluma, gloriosas alabanzas de la gramática, que sólo el nombre de ella, segun su baja opinion, abate la mayor soberbia, si alguna pueda tener un gramático, al parecer de muchos, polvoriento y ratero; polvoriento, porque no se levanta del polvo de la tierra; ratero, del nombre *ratís*, que significa la barquilla, la cual nunca se atreve al golfo, y conociendo su flaqueza, anda por los bajos, arrimada á las seguras orillas de la mar. Todo esto conozco yo, y humilde confieso el bajo principio de que nacimos; pero conozean todos los hombres doctos que somos sus progenitores, y que nos deben el sér que tienen: que sin nosotros, ni el teólogo pisára los pavimentos del cielo; ni el físico anduviera por los soterráneos y secretos poros de la tierra, nuestra comun madre; ni el astrólogo corriera tras los acelerados movimientos de los orbes; ni el médico tuviera por objeto principal la salud del hombre; ni el jurisconsulto interpretára las leyes, fundamento estabilisimo de la república universal; ni el cosmógrafo desde la casa solariega, donde nació y donde vive, contára sobre mesa á los suyos las naciones más extrañas, y las leguas de una region á otra, y el itinerario de las cuatro partidas del mundo, Asia, África, Europa y América. Mas ¿para qué gasto tinta en esto? ¿qué arte, qué ciencia, qué facultad ha profesado nadie sin tomar humildemente licencia de la gramática? ¿De qué os reis? Oid al gran Augustino, padre de la agudeza; je veréis de mi parte, pronunciando sentencia definitiva contra todos los que otra cosa sintieren: *Grammatica est janua omnium scientiarum, qua aperta omnes aperiantur, et qua clausa omnes clauduntur.* Edifican los Moros sus más suntuosas casas sin aquella soberbia fachada de los Romanos, con una humilde frontera, con basto y grosero principio, con una puerta baja, tanto, que sin encorvarse y reventarse no puede entrar un enano, y cuando habiendo entrado alza la cabeza, descubre una y otra sala fabricadas á las mil maravillas, el techo con resplandecientes artesones de oro, las paredes adornadas de diferenciados brutescos; aquí un cuarto de frutas, allí otro de animales, otro cuarto de países, otro de montería, y todo labrado con tan ingenioso artificio y con tanta variedad y formas de arquitectura, que turba la vista y pasma el entendimiento del curioso que lo mira. Esta misma discrecion afecta la gramática, que al principio es pigmea, y despues filistea; al principio se humilla, despues se encumbra sobre el mayor olimpo; al principio declina, conjuga y construye, despues busca la elegancia, la frásis de oro, la figura, el tropo, la imitacion del griego, la del hebreo, el concepto, la

grandeza, el arte, la fábula, la historia, el secreto natural, los ritos, las costumbres de las naciones, las ceremonias de los sacrificios, los auspicios, los tripodes, las cortinas; da vuelta á todas las artes y á todas las ciencias y curiosidades divinas y humanas, si no de espacio y teniéndose años en cada una, á lo ménos como caminante curioso, que por donde pasá no se deja cosa por ver, entregándolo á la pluma, y de la pluma á la memoria. No es, en fin, arrogante, si bien manirota y franca, pues da mucho más de lo que promete. Y si por esta parte no se me debe crédito, hable Quintiliano, á quien nadie que bien sienta le perderá el respeto. En el lib. I, capítulo IV, dice así: *Hæc igitur professio cum brevissime in duas partes dividatur, recte loquendi scientiam, et poetarum enarrationem, plus habet in recessu quam in fronte promittit.*

El oficio del gramático, aquí y en otros lugares, dice el mismo que es la ciencia de hablar y explicacion de los auctores: la primera se llama metódica, la última histórica: *Et finitæ quidem sunt partes duæ, quas hæc professio pollicetur, id est, ratio loquendi, et enarratio auctorum, quarum illam methodicam, hanc historice vocant*, lib. I, cap. XIV. Ciceron, en el lib. I *De Oratore*, dice que al gramático le pertenecen cuatro cosas: comentar los poetas, dar noticia de las historias, interpretar las palabras y enseñar el tono de la pronunciacion: *In grammaticis poetarum pertractatio, historiarum cognitio, verborum interpretatio, pronuntiandi quidem sonus.* En la poesia son menester tres cosas: que no se puede llamar uno con buen derecho poeta si no las tiene todas. Vena, ó espíritu poético: éste no se adquiere con industria humana, porque es don del cielo. Ovidio: *Sedibus æthereis spiritus ille venit.* La segunda es arte. Horacio: *In vitium ducit culpæ fuga, si caret arte.* La última es la doctrina. El mismo:

*Respicere exemplar vitæ morumque jubedo
Doctum imitorem.*

Como el poeta imita y representa, por obligacion de su oficio, cuantas cosas hay en la naturaleza, es necesario que sepa y que tenga larga noticia de lo tocante al gobierno, si introduce un rey; que sepa la teórica y práctica de la guerra, si introduce un general, un capitán, un soldado; que sepa las ciencias, si enseña ó aconseja; que sepa de agricultura, si pinta un labrador; de la caza, si un cazador; de los astros, si un astrólogo; de cosmografía, si describe alguna tierra; el arte de navegar y términos de la navegacion, si representa una tormenta, ó un viaje, ó batalla naval; en fin, ha de tener más que mediana noticia de todas las cosas para la perfeccion del arte. Y así como, aunque más docto sea, sin tener gracia poética, no podrá hacer buenos versos, y sin saber los preceptos del arte, no sabrá disponer ni componer un poema; así, sin ser docto, no podrá imitar las acciones humanas y costumbres naturales, aunque más rica vena y más buena noticia tenga del arte. Arte, naturaleza y doctrina ha de tener para ser poeta consumado. Pues,

si el poeta abraza tantas noticias de cosas, el gramático, que ha de explicar lo que él apuntó concisamente, ó sean cosas tocantes al astrólogo, ó al médico, ó al jurisconsulto, ó al teólogo, ó al marino, ó al labrador, ó al ciudadano, ó al rey, ó al pícaro, ó al vivo, ó al muerto, ó á la tierra, ó al cielo, ó á los peces, ó á las aves, ó á los truenos, ó á los relámpagos, ó á los rayos, ó á los gentiles, ó á los cristianos, ó á los sacrificios, ó á los agüeros, ó al diablo, ó al ángel, el tal gramático ¿qué cornucopia, qué cosecha de cosas habrá menester para cumplir con su oficio? Y cuando á lo tocante á la omnimoda doctrina del poeta haya satisfecho, ¿no le queda por explicar los preceptos del arte poética, que son muchos y de muchas maneras? ¿No ha de saber que hay poema heroico, bucólico, elegiaco, satírico, trágico, cómico y lírico, y que hay poesía citarística, aulética y pantomímica, y que todas estas poesías son diferentes y con diferentes formas y diferentes fines? Aquí se le ofrece al gramático dar á entender las cuatro partes generales de la poesía, *fábula, costumbres, sentencia y dición*, fuera del aparato necesario á los poemas escénicos, y cómo los episodios se juntan y tejen con la primaria acción y el tiempo que ha de durar la acción de cada poema, y despues cómo se conocen distintos los episodios de la acción propuesta, que consta de principio, medio y fin; y cómo el poeta no puede comprender en su poesía más que una acción en lo heroico y escénico, y un pensamiento sólo en lo lírico, segun se ve ejemplificado en las obras de los poetas y en las preceptos del arte, así aristotélica como horaciana. Aristóteles dice: *Una namque est fabula, etc.*

Y Horacio:

Denique sit quod vis simplex dumtaxat, et unum.

En segundo lugar entra el conocimiento de las historias sagradas y humanas, los ritos y costumbres de las naciones, los acontecimientos varios de los reinos, los consejos y arbitrios de razón de estado, las vidas buenas y malas de los príncipes, los infortunios y castigos de los facinorosos, las honras, premios y dignidades de los buenos, las mudanzas de la condición humana, los engaños, los desengaños del hombre, blanco donde tira la artillería de la fortuna. ¿Este conocimiento de tantos tiempos, y la verdadera cronografía de ellos es qué quiera? ¿No necesita de mucho estudio, mucho desvelo, mucho y largo curso de años? ¿Basta, pues, tener librería histórica, de donde valerse y ayudarse el gramático? No por cierto; á más de atender, su juicio ha de dar sobre la historia; si el historiador guardó el estilo histórico verdadero ó no; si observó las leyes de la historia ó no; si concordó los tiempos en que suelen discordar los historiadores ó no; si hay en esto falta, la diligencia y desvelo del gramático lo ha de suplir, emendar y poner en perfección.

Gran cuidado, gran trabajo, gran prudencia; pero importante, pero necesaria, pero dignísima de

premio y gloria. En el contexto de la historia, que va leyendo al discípulo ó interpretando al lector, dice cómo la historia es una verdadera narración de las cosas pasadas; que el oficio del histórico es narrar propiamente las cosas en estilo templado y casto; que el fin de la historia es la utilidad pública, nacida del escarmiento ajeno; que dan materia al historiador las repúblicas, reinos, príncipes y los demas de donde emanaron los hechos ilustres. Porque la historia no debe hacer caso de los acontecimientos humildes y bajos; y que la historia es de tres maneras, clásica, tópica y particular; que la clásica abraza la narración de todo el orbe, la tópica un reino ó una república, y la particular los hechos de un varón. Y ésta es la más perfecta, y por quien Crispo Salustio fué llamado príncipe de la historia, y que las partes de la historia son dos; unas esenciales, otras, digámoslo así, integrantes; á las esenciales toca verdad, explanación, juicio; á las integrantes, exordio, descripción, oración, elogio, sentencia, pronóstico y inscripción; y cada cosa de éstas las debe el gramático enseñar menudamente, con lugares y ejemplos de historiadores que lo dejaron testado y verificado en sus escritos. El tercero lugar de Ciceron, es la interpretación de las palabras: una gran cantera se descubre aquí; pero yo le huiré el cuerpo cautamente, remitiendo esto á quien trata principalmente de ello; lo uno porque son cosas las de este lugar menudas y prolijas; lo otro, porque los autores que lo toman por asunto suyo son gravísimos y de quien nos podemos seguramente fiar. Quintiliano casi en todos los capítulos del primer libro de sus *Instituciones oratorias*, Isidoro, en sus *Etimologías*, Terencio Varron *De lingua latina*, Verrio Flacco en sus *Fragmentos*, Festo con Fulvio Ursino, Pomponio Leto, Paulo Diacono, Nonio Marcelo, Fulgencio Planciades, las *Notas* de Dionisio Gotofredo, *Observaciones* de Piteo sobre las *Glosas antiguas*, las *Diferencias* de Bongarsio, y últimamente, Ulpiano, Javoleno y otros, cap. I, ff. *De verborum et rerum significatione*. El cuarto y postremo lugar que tocó Ciceron fué los tonos de la pronunciación, es á saber, la noticia de la prosodia, que contiene dos cosas, la cantidad de las sílabas y la razón de los acentos; si es breve ó si es larga la sílaba, porque en pronunciar la breve se gasta un tiempo, y en la larga dos. Este beneficio de conocer la pronunciación verdadera lo debemos á los poetas; que si ellos en sus versos no nos hubieran enseñado y dejado rubricada la cantidad de las sílabas, perecido habia la recta pronunciación de las palabras; porque, sin ellos, ¿dónde supiéramos si habíamos de pronunciar *dócere* ó *docere*, *dócebam* ó *docébam*? y así lo demas. Qué regla haya para el conocimiento de la cantidad silábica, Despauterio, Pelison, Elio Antonio, Pantaleon y otros muchos escribieron de esto largamente, y Joan Ravisio resumió á todos ellos en el prolegómeno de sus *Epitetos*. El gramático, pues, sabe la cantidad de las sílabas, y no así simplemente, sino que de largas y breves se componen infinitos piés, y de infinitos

piés infinitos géneros de versos. Hay piés disílabos, como *pirrichios, spondeos, yambos y trocheos*; hay trisílabos, como *dactilos, anapestos, tribrachos, molossos, amfibrachios, créticos, bacchios y amfibrachios*; hay tetrasílabos, como *proceleusmáticos, dispondeos, diyambos, ditrocheos, antispastos, choriambos, ionicos, peanes y epitritos*. Y de esta diversidad de piés se hacen diversos géneros de versos, *hexámetros, pentámetros, glicónicos, asclepiadeos, sáficos, adónicos, yámbicos, trochaicos, faleucios, archilochios, alcaicos, anacreónticos, alemanios* y otros muchos. La razón de los acentos es fácil entre los latinos, y consta de pocas reglas. ¿Quién no sabe que los acentos son tres, grave, agudo y circunflejo, y que la adición monosílaba breve de su naturaleza tiene agudo, como *ád, ín*, aunque sea larga por posición, como *dúx, nítz*, y que si es naturalmente larga, tiene acento circunflejo, como *mê, tê, môs*, y que la dición disílaba, de cualquier cantidad que sea, tiene acento agudo en la primera, *máter, Déus*, y que la dición polisílaba larga ante final, larga tiene acento agudo, como *sermónes*, y larga ante final breve tiene circunflejo, como *sermône*, y que la dición polisílaba, si tiene la penúltima larga, allí tiene forzosamente su acento predominante; y si la penúltima es breve, predomina el acento agudo sobre la antepenúltima, sea breve ó sea larga, como *Tántalo, título*? No obstante las dichas reglas generales de los acentos, dice Aulo Gelio, lib. VII, capítulo VII, que el poeta Anniano y Probo son de parecer que *affátim* y *exádvèrsum* se han de pronunciar con acento en la antepenúltima, *áffatim* y *exádvèrsum*, contra la regla; y que así se debe leer en aquellos versos de Terencio:

*In quo hæc discèbat ludo exádvèrsum,
Tonstrina erat quædam.*

Esto, á mi parecer, es cosa fútil y nugatoria, y con todo eso, no habiendo fundamento para dejar la regla, hay quien haya seguido la opinión de Anniano y Probo, y dejado la regla fuerte y buena. También dice Nigidio, contra la regla de los acentos, que una vez constituido el acento en el caso recto, no se debe mudar aunque la regla lo pida; cosa contra naturaleza, y con todo eso, tiene secuaces en su opinión. Como si *Mercúrius* tiene el acento en la antepenúltima, que también le tendrá en el vocativo *Mercúri*, siendo breve la penúltima del vocativo, que, por la regla, ha de estar el acento en la antepenúltima. Otros muchos gramáticos hay que dicen que se puede alterar el acento para distinción de la cosa porque no se confunda el sentido, y está hoy tan recibido vulgarmente, que no podrá destruir esta errónea opinión la fuerza de la razón. Dicen que se ha de pronunciar *sanè* con acento en la última, y *porrò*, y otros infinitos adverbios, á diferencia de *sáne* y *porro* nombres. Si yo digo aquello de Terencio: *Ut quiescant porro moneo, et desinant maledicere, malefacta ne noscant sua*, ¿en qué manera se puede confundir aquí pensando que *porro* significa el puerro? ¿hay ignorancia tan crasa que lle-

gue á esto? Lo mismo digo de los demas lugares semejantes á éste. Sola una cosa hay contra la regla de los acentos, pero asentada en todos los gramáticos, sin haber uno que la contradiga, y es, que las dicciones enclíticas *que, ve, ne* atraen á sí la sílaba antecedente, mudando el acento, como se ve en aquel verso de Virgilio: *Terrâsque tractûsque maris, cælûmque profundum*. Donde *terrâs, tractus* y *cælum* tienen su acento en la primera sílaba, y con la enclítica la tienen en la última; y esto se guarda invariablemente en cuantas impresiones hay, si bien, á mi parecer, aunque es singular, aquella doctrina, recibida universalmente, se debe limitar en esta manera. Que valga, cuando la sílaba última de la dición, que antecede á la enclítica, fuere larga, y no cuando es breve. En el verso virgiliano alegado la última sílaba, que antecede á la enclítica, es larga, y que en ella esté el acento predominante, la razón lo pide, porque aquella dición, antecedente en cierto modo, está compuesta con la enclítica y teniendo, como tiene, fuerza de dición compuesta, y siendo la penúltima larga, allí ha de estar el acento por la regla de los acentos; pero cuando la sílaba última antecedente es breve, no debe atraerla á sí la enclítica, porque siendo la penúltima breve, el acento ha de estar en la antepenúltima. Y así en estos versos siguientes, y otros tales, no deben atraer las enclíticas:

*Pronaque cum spectent animâia cetera terram.
Lunaque quæ nunquam, quo prius ore, micat.*

Verifícase esto más con este nombre *uterque* áun compuesto de *uter*, y la enclítica *que*, en que vemos que donde la penúltima es larga, allí está el acento, y donde es breve, en la antepenúltima. Advierto también que auuque entre los Latinos ninguna dición disílaba ó polisílaba puede tener acento agudo en la última, que esto no corre así entre los Hebreos, que casi siempre acentúan las últimas, como *Adám, Jacób*, etc., ni entre los Griegos, que ni más ni menos ponen á veces acento agudo en las últimas, como *athanatós, pentecostés*, etc. Agora es la duda si estos vocablos hebreos y griegos, traídos á la lengua latina, han de guardar su acento en la última, ó mudarle segun el uso de los latinos; de manera que si dije, segun los Hebreos y Griegos, *Adám, Jacób, athanatós, pentecostés*, si diré con los Latinos, *Adam, Jacob, athanatos, pentecostes*? A esta duda responde Quintiliano en el cap. IX del libro I. En este tiempo los gramáticos nuevos á los nombres griegos gustan más dar las declinaciones griegas, y eso no se puede hacer siempre; á mí, pero, me agrada seguir la razón de la lengua latina. Y más abajo: *Qui Græcam figuram sequi malit, non latine quidem, sed citra reprehensionem loquetur*: «Quien quisiere seguir el griego, no hablará en latín, pero no será digno de reprehension.» Este punto de los acentos lo desata no menos bien Guillermo Bailio en su tratado *De los acentos*. Algunos, dice, en los nombres griegos, introducidos ya en la lengua latina, observa el acento griego; porque dicen *filosofía* y *fantasía*, con acento en la penúlti-

ma, como los Griegos; á los cuales yo fácilmente me arimára si los viera constantes en esa opinion. Porque, si en aquellos vocablos siguen la razon del acento griego, ¿por qué no en los demas? *Ale- jándria* y *Tália*, dicen los Griegos, la antepenúltima aguda, y los Latinos no lo siguen, ántes lo contradicen todos; que en tales vocablos extranjeros no miraron el acento, sino la cantidad, y segun ella dijeron *Alejárndria* y *Talía*, la penúltima larga. Y últimamente dice: *Suum tamen hac in re, cum rationes in utramque partem non desint, quilibet sequatur iudicium. Cogimur enim inviti in quibusdam Græcorum morem imitari, ut dum dicimus Paralippómenon, talia enim non videntur olim civitate donata, sed pure Græca. Nolim tamen eos excusare, qui antiphonam, quasi penultima correpta, abusu quodam inveterato efferunt*: «Cada uno, dice, siga en esto su juicio, pues hay razones por ambas partes, que por fuerza somos compelidos en algunos vocablos seguir la costumbre de los Griegos, como en esta dición *Paralippómenon*. Porque este y otros así no parecen estar dentro de la latinidad, sino puramente ser griegos. Y con todo eso, no quiero librar de culpa á los que pronuncian *antifona* con viejo abuso, como si tuviera la penúltima breve.» Hasta aquí es de Bailio. Y á mí me parece que debiéramos de una vez resolver esta duda, y decir que de ninguna forma las dicciones griegas, que no se conforman con la cantidad á que miran los Latinos, deben pronunciarse al uso de los Griegos. Porque ellos siguen la razon de los acentos, sin mirar á la cantidad de las sílabas. *Adonis* entre ellos se escribe con omega, que siempre es larga, y pronuncian breve, *Adonis*, y pronuncian *Astianactos*, el acento en la penúltima, siendo la penúltima larga por la posicion, y ellos ponen el acento en *fantasia* y *filosófa* en la penúltima, siendo breve, todo contra el uso de la lengua latina. Y si eso admitiésemos, cierta es la ruina de la latinidad. Ya hemos explicado con la cortedad de nuestro ingenio las cuatro partes esenciales que da Ciceron á los gramáticos. ¿No os parece que es bien larga y dilatada la jurisdiccion de la gramática? pues, áun nos queda buen rato de andar si nuestra pluma estuviera en otras manos; pero, á falta de hombres buenos, suplamos con la mucha diligencia el poco caudal del ingenio. Dice Quintiliano, capítulo IV del lib. I: *Scribendi ratio conjuncta cum loquendo est, et enarrationem præcedit emendata lectio, et mixtum his omnibus iudicium est. Quo quidem ita severe sunt usi veteres grammatici, ut non versus modo sensoria quadam virgula notare, et libros, qui falso viderentur inscripti, tamquam subdititios submovere familia permiserint sibi, sed auctores alios in ordinem redegerint, alios omnino exemerint numero. Nec poetas legisse satis est, excutiendum omne scriptorum genus, non propter historias modo, sed verba, quæ frequenter jus ab auctoribus sumunt. Tum nec citra musicem grammaticè potest esse perfecta, cum ei de metris rythmisque dicendum sit: nec si rationem siderum ignoret, poetas intelligat, qui, ut alia mittam, toties ortu occasuque signorum in declarandis tempo-*

ribus utantur. Nec ignara philosophiæ, cum propter plurimos in omnibus fere carminibus locos ex intima quæstionum naturalium subtilitate repetitos, tum vel propter Empedoclen in Græcis, Varronem ac Lucretium in latinis, qui præcepta sapientiæ versibus tradiderunt. Eloquentia quoque non mediocri est opus, ut de unaquaque earum, quas demonstravimus, rerum dicat proprie et copiose. Quo minus sunt ferendi, qui hanc artem ut tenuem et jejunam cavillantur; quæ nisi oratori futuro fundamenta fideliter jecerit, quid quid superstruxeris, corrueat, necessaria pueris, jucunda senibus, dulcis secretorum comes, et quæ vel sola omni studiorum genere plus habet operis, quam ostentationis. De ninguna manera me atreviera yo á decir tantas grandezas de la gramática sin echar delante, como lo he hecho, al maestro de maestros Fabio Quintiliano. ¿Qué dice pues? Que ultra de ser oficio del gramático enseñar á escribir y hablar, y explicar los auctores de que arriba bastantemente habemos tratado, le incumbe tambien la emendacion de las lecciones, y el echar en todas estas cosas su juicio. Del cual usaron tan fuertemente los gramáticos antiguos, que tuvieron licencia y autoridad, no sólo para castigar los versos con la vara de censores y criticos, y para degradar los libros á su parecer, falsamente intitulados, como subditicios y adulterinos; pero para poner en órden unos autores, y para sacar á otros del número de autores. Y no le basta al gramático haber leído poetas; discurrir tiene por todo género de escritores, no sólo por el conocimiento de las historias, mas por las palabras que ordinariamente toman su potestad y derecho de los auctores. Ni tampoco puede ser perfecta la gramática sin la música; pues le es forzoso hablar de metros y ritmos, que no solamente la oracion poética, pero la prosa ha de ser en su modo numerosa. Ni, si ignora la razon de los astros, entenderá los poetas, los cuales, fuera de otras cosas, tantas veces usan del nacimiento y ocaso de las estrellas, para significar los tiempos. Ni ha de ignorar la filosofia, así por muchos lugares traídos en los versos de la íntima subtileza de las cuestiones naturales, como por Empedocles entre los griegos, y por Varron y Lucrecio entre los latinos, que escribieron en verso los preceptos de la sabiduría. Asimismo tiene necesidad, y no poca, de la elocuencia para decir propia y copiosamente de cualquiera de aquellas cosas que arriba dijimos. Y así no se deben sufrir aquellos que malsinan esta arte, llamándola tenue y de poca substancia; ántes, si ella no hubiere echado muy buenos cimientos al que hubiere de ser orador, cuanto se labráre en él vendrá al suelo. Es, en fin, necesaria á los manebos, agradable á los viejos, dulce compañera de los secretos, y ella sola, con tanto género de estudios, se precia más de obrar que de hacer ostentacion. Si cosa tan grandiosa es la gramática, ¿cómo á nuestro gran Arias Montano, padre de todas las lenguas y de todas las artes y ciencias, y principalmente gran teólogo, dijeron otros dél que, si bien era profundo teólogo, pero que era muy gramático? Y él

¿qué le respondió cuando lo supo? *Por eso bien que no les puedo yo decir á ninguno de ellos, más gramático sois vos.* No os puedo negar que la gramática ha estado siempre por los indoctos en bajo predicamento; pero vos, ya que sabeis las grandes obligaciones del gramático, sin duda pienso que de aquí adelante la estimaréis en mucho. Y para que entendais más bien la auctoridad que tuvo la gramática, leed á Suetonio Tranquilo, en el libro particular que hizo de muchos *ilustres gramáticos*. Allí veréis cómo despues de Ennio y Livio, poetas, entre la segunda y tercera guerra púnica, el primero que metió la gramática en Roma fué Crates Malotes, del mismo tiempo del gran Aristarco, y que éste la comenzó á enseñar entónces, porque ántes, como la lengua latina era vulgar entre los Romanos, segun la nuestra en los Españoles, y la francesa entre los Franceses, no se enseñaba ni habia para qué. Desde este Malotes se enseñó, no la lengua latina, que ésa era materna y genuina, sino la elegancia de la lengua latina, dando preceptos para realzarla con documentos y principios de retórica, con figuras y tropos, con ejercicios de crías, problemas, perifrases, elocuciones y otros géneros de ejercicios: *Veteres grammatici, dice Suetonio, et rhetoricam docebant ac multorum de utraque arte commentarii feruntur. Secundum quam consuetudinem posteriores quoque existimo tamquam jam discretis professionibus, nihilominus vel instituisse, vel retinuisse ipsos quædam genera institutionum ad eloquentiam præparandam, ut problemata, periphrales, eloquutiones, ethologias atque alia hoc genus.* Y los mismos ejercicios usaron los siguientes gramáticos en Roma, como fueron Servio Nicanor, Aurelio Opilio, Antonio Gnifo, N. Pompilio, Orbilio, Atteyo, Valerio Caton y otros muchos insignes gramáticos, los cuales enseñaron, no la lengua, sino el ornato y elegancia de la lengua latina. De este parecer fué Quintiliano (y así lo siente el doctor Bernardo Aldrete, varon muy erudito) allí donde dice: *Quare non invenuste dici videtur, aliud esse latine; aliud grammaticè loqui.* «Diferente cosa es hablar latinamente que gramáticamente.» Piensan muchos que hablar latinamente es hablar gallardamente, y gramáticamente lo contrario. Van muy errados, así por lo que tengo dicho, como por lo que dice el cardenal Adriano en su libro *De modo latine loquendi*: *Qui latine scit, novit eo adverbio latine id ostendi, quod aperte, clare, plane: quæ res notanda et memoriæ mandanda est*: «El que sabe latin, sabe que este adverbio *latine* quiere decir clara, manifesta y llanamente»; en efecto, como cosa dicha en lengua vulgar que la entienden los niños. Y prueba su intencion muy bien con autoridades. Ciceron contra Verres: *Latine me scitote, non accusatorie loqui*: «Advertid que hablo claramente, no con artificio de acusador.» Y el mismo en las Filípicas: *M. Antonius gladiator appellari solet, sed ut appellant ii, qui plane et latine loquentur*: «Como le llaman aquellos que hablan llana y latinamente.» Y Virgilio en sus opúsculos:

Simplicius multo est, da Latine dicere.

«Más bien dicho está decir claramente dame.» De manera que *latine dicere* es hablar claramente, como se habla en lengua vulgar, sin figuras, tropos ni perifrases, lo cual es propio del lenguaje elegante gramático. Y como estos maestros daban preceptos de elocuencia y enseñaban, sobre la lengua latina, erudicion de letras humanas, fueron llamados *gramaticos* en griego, y *literatos* en latin, que es lo mismo que *letrados*. Suetonio en el dicho libro: *Appellatio gramaticorum græca consuetudine invaluit, sed initio literati vocabantur. Cornelius quoque Nepos in libello, quo distinguit litteratum ab erudito; litteratos quidem vulgo appellari ait eos, qui aliquid diligenter et acute scienterque possint aut dicere, aut scribere*: «El llamarse los gramáticos así, les viene de la lengua griega; pero al principio en latin *letrados* se llamaban. Y Cornelio Nepos, en el libro en que distingue al letrado del erudito, dice que se llaman *letrados* aquellos que pueden decir ó escribir algo diligente, aguda y doctamente.» De manera que el título de letrados es mayorazgo antiguo de los gramáticos, sin haber padecido prescripcion ninguna desde Ennio hasta hoy; y si los abogados, como tan ambiciosos de honra, se han querido honrar con este título, confiesen á lo ménos que nosotros somos la cabeza, y que descienden de nosotros, que sin litigio nos contentamos con eso; pero si, como tan acostumbrados á litigar causas, quieren pleito con nosotros, no se nos da nada que sepan que no tememos ni debemos. De la gramática basta. Adios, señor mio; que me cansa el miedo de cansar á vmd., y la pluma *non satis suum officium facit*. De casa, etc.

EPÍSTOLA IV.

Al padre M. Fr. Francisco Infante, religioso carmelita.

Con muchas curiosidades de los baños y termas de los romanos.

No es poco contento para mí, Padre maestro, el obligarme á trabajar, aunque sea en materia ajena de mi profesion, cuanto más que la filología tiene los brazos muy largos; pues se pasea por el campo de todas las ciencias y de todas las artes, no ya con aquella perfeccion que cada una pide pero á lo ménos chupando, como hacen las abejas, lo más dulce de las floridas plantas. Preguntóme V. P. de paso si habia alguna diferencia entre los *baños* y *termas*. Fácil es la respuesta, y como tal la di de repente: que los *baños* son calientes y frios. Los calientes ya por el fuego de los hipocaustos, ya por los mineros, por donde pasan sus aguas; los frios, de agua traída por acueductos, ó nacida en aquella fuente donde están los baños, y de esta agua viva se hacen cántaros de varios brutescos y nínfeos, como veremos luégo. Las *termas* son naturales y artificiales, pero todos de agua caliente, por naturaleza, ó por fuego que se les da con hornos y chimeneas secretas, las cuales termas llamaron así los Griegos, y usaron á su imitacion los Romanos y otras naciones. Los Latinos á los baños dicen *balneas*, *balneas*, y *balnea* y *balinea* en el género femenino y